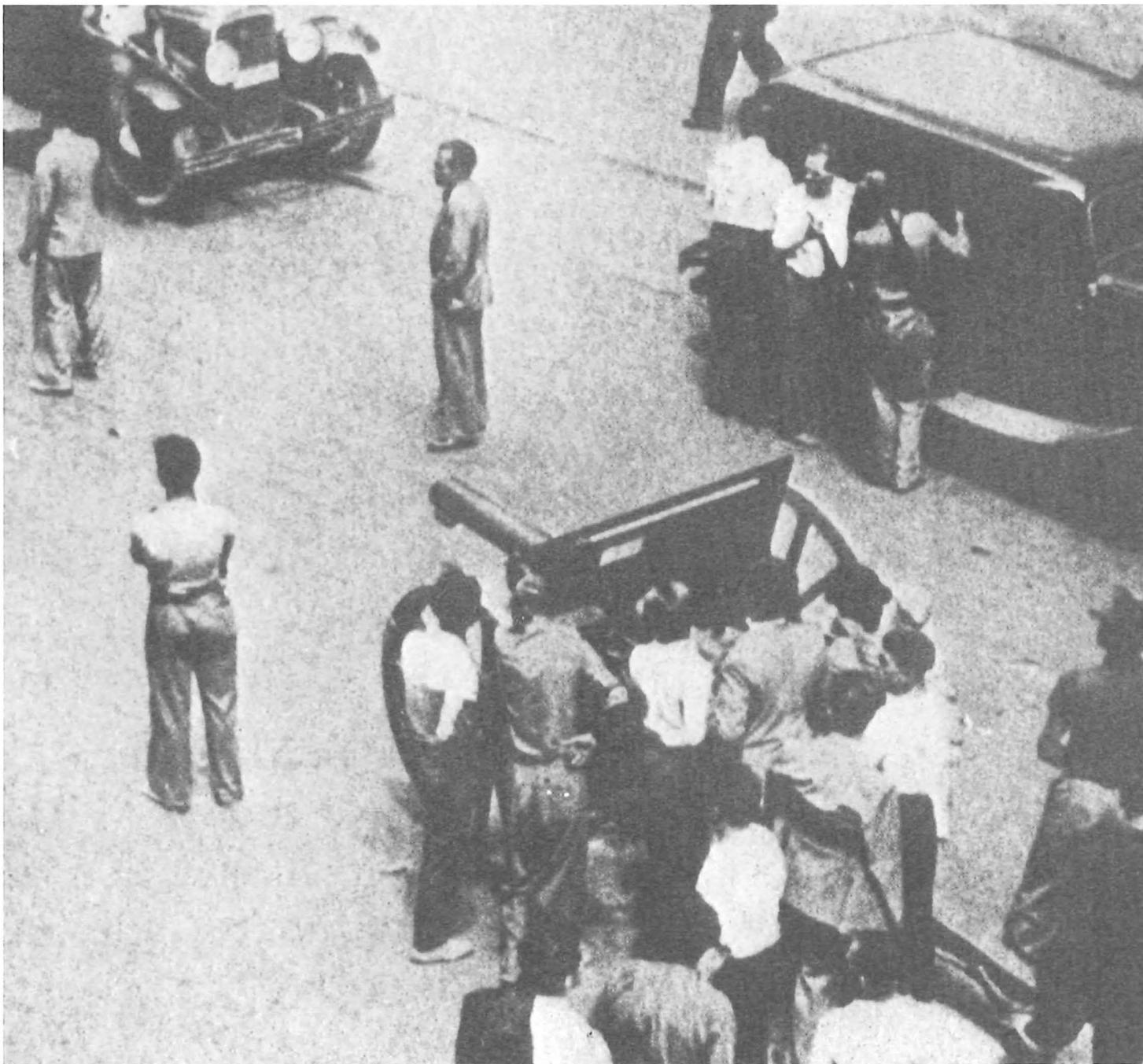


Foto del archivo del Centre d'Estudis
d'Història Contemporània



Dolores Sánchez Durá
es catedrática de Historia de
Enseñanza Media.

Ignacio Martínez de Pisón. ¿Quién mató a Robles?

Reflexiones en torno a un relato de intriga

Dolores Sánchez Durá

Vendrá la paz, y espero que la alegría os colme a todos vosotros. A mí, no. Permittedme decir esta terrible confesión, porque desde este sitio no se cosechan, en circunstancias como ésta, más que terribles sufrimientos, torturas del ánimo de español y de mis sentimientos de republicano. Ninguno de nosotros hemos querido este tremendo destino. Ninguno lo hemos querido. Hemos cumplido el terrible deber de ponernos a la altura de este destino.

(Fragmento del discurso pronunciado por Manuel Azaña en el Ayuntamiento de Valencia el 21 de enero de 1937).

La crisis de la historia viene desde lejos. Quizás desde que explotó como portadora eficaz de un relato unificado, productor de significados unívocos que se proyectaba desde el presente hacia unos orígenes míticos y que intentaba de manera omnisciente tener certezas sobre el futuro. Ese paradigma histórico estalló en pedazos hace ya una cuantas décadas; pero los historiadores, y los que alientan preocupaciones por el pasado, no cejan –no cejamos– en intentar nuevas modas y modos para dar satisfacción a esa pulsión de relatar, de explicar y de comprender –de historiar– que, a pesar de los nuevos usos de la sociedad globalizada, sofisticada y tecnológica en la que vivimos, sigue ejerciendo una presión exigente sobre todos y cada uno de nosotros. Posiblemente porque buscamos en nuestros antecedentes y antecesores alguna pista para entender qué somos y por qué nos hemos convertido en unos seres, a la vez, tan absurdos como humanos, demasiado humanos y, por ende, demasiado débiles. Sin embargo, no queremos citar ese término, crisis, con acentos peyorativos. Hace unos cuantos años –allá por los primeros ochenta– un grupo musical muy conocido entonces, Supertramp, tituló uno de sus discos con el inquietante título: *Crisis, what crisis?* Pues, eso mismo puede decirse referido a la historia: si esto es crisis, alabado sea el señor, que por otra parte es el único omnisciente de entre todos nosotros. La novela de Martínez de Pisón *Enterrar a los muertos* (Barcelona, Seix Barral, 2005) es un buen ejemplo de las muchas virtudes de la más que alentadora crisis de la historia. Porque, si esto es la crisis, pues, bienvenida sea. El relato, o mejor dicho la narración histórica de Martínez de Pisón, es una mezcla de géneros muy fértil. No sabemos bien si pertenece al género del relato histórico, a la novela histórica bien documentada, al género de la investigación periodística o, incluso, al de la memorialística más o menos (auto)biográfica. En cualquier caso, el resultado es fructífero, interesante y muy sugerente. Sin embargo, como toda opción, tiene su precio, su debe, en un haber bastante más productivo que el de la mayoría de libros de historia al uso que se publican.

Empezaremos este comentario con el contexto de la obra que nos ocupa que cuenta una historia que tuvo su inicio un día cualquiera a finales del otoño de 1936,



cuando Valencia era capital de la República. Una Valencia, hoy, por cierto, amnésica, en acertada ocurrencia del periodista valenciano Ferran Bono, porque casi ninguna huella o representación material recuerda ese evento en la actualidad. Cabe preguntarse el por qué de esa actitud de despego hacia ese pasado, como lo hacía con cierto estupor la actual propietaria del comercio de lencería femenina en que se ha convertido el Ideal Room en una entrevista que el citado periodista le hizo recientemente. El Ideal Room fue un café *artdeco*, extraordinariamente concurrido, situado en la que fue la arteria principal, la calle de la Paz, de una ciudad que vivió un año, el 37, especial, convirtiéndose en una capital vibrante, atestada de políticos, intelectuales, militares, extranjeros, servicios secretos, diplomáticos y cónsules. Lo cierto es que poco de todo aquello interpela a las conciencias actuales de los valencianos que permanecen, o al menos eso parece, inmunes a las señales del pasado. No podemos ignorar que los valencianos, adeptos, entonces, a la República en su gran mayoría, han venido dando escasas muestras, excepto algunas minorías o autoridades aisladas, de querer conservar, conmemorar o conocer ese año tan particular que configuró un espacio urbano republicano en una capital improvisada que nunca esperó serlo. La literatura y los testimonios contemporáneos insisten en una apreciación dicotómica que se convierte en un tópico: Valencia como icono de un Levante fértil y ubérrimo, frente a un Madrid terrible, emblema de un centro cercado por el hambre y el miedo.

Valencia, sin embargo, ya en los primeros treinta, se había comenzado a despertar como urbe moderna de la mano de la arquitectura racionalista y de algunos proyectos urbanísticos e industriales, vinculados al modernismo, al *artdeco* y al pensamiento social del Movimiento Moderno, pero estos proyectos no habían conseguido desplazar todavía una fisonomía generalmente percibida como agrarista y castiza. Valencia, pues, en el año 37, se convierte en una capital *—malgré soi—*, diferenciada del centro geográfico e histórico tradicional de un estado que nunca se sintió cómodo con las periferias ni en la periferia. Sin embargo, la historia nunca está escrita del todo: ¿y si Valencia se hubiera convertido en la capital de una República española, desmembrada territorialmente por la guerra, pero que hubiera encontrado apoyos internacionales para llevar a efecto el intento de supervivencia que tanto Azaña como Negrín, desde posiciones distintas, persiguieron con tanto ahínco? Evidentemente, nada de eso fue posible, dada la escena internacional hostil hasta límites poco comprensibles hoy.

La novela de Esteban Salazar Chapela *En aquella Valencia* ① ofrece algunas claves interpretativas excepcionalmente interesantes para conocer aquel contexto en que el relato de Martínez de Pisón transcurre. Es curioso constatar desde el presente, cuando somos perfectamente conocedores de la magnitud de la derrota, cómo el ambiente ajetreado de la ciudad en aquellos días alejaba durante el día los malos presagios sobre el final dramático de la República, o, por lo menos, cómo los contemporáneos no querían enfrentarse a la posibilidad del desastre. El año 1937, para la historia europea y mundial, fue, sin duda, un momento decisivo, entre la condena y la aceptación del poder difícil de cuestionar de un Hitler y de una Alemania cada vez más crecida en un contexto de ascenso de regímenes autoritarios. Valencia fue, en ese escenario internacional tan complejo, un eslabón de la política mundial, un espacio donde se jugaron muchos juegos, donde se trabaron muchas intrigas. Elena Fortún, en su libro *Celia en la revolución* ② transmite ciertos registros muy emparentados con la novela *En aquella Valencia*. Aunque nos aleje un tanto de nuestro objeto en sentido propio, podemos resaltar algunas similitudes muy destacables: en primer lugar, la manera de percibir Valencia como una urbe muy distanciada del tipo de guerra que se producía en Madrid; en segundo lugar, la manera de explicar los excesos en la represión, las

① Esteban Salazar Chapela, *En aquella Valencia*, Sevilla, Renacimiento. Biblioteca del exilio, 2001. Del ambiente de Valencia pletórico de intelectuales, da cuenta la siguiente cita: «Chica —le dije a Mary—, esta calle de la Paz es el Ateneo, la Residencia de Estudiantes, el Centro de Estudios Históricos, la *Revista de Occidente*, Pombo, *El Sol...*», *ibidem*, p. 83 La enumeración no deja dudas sobre cuál era la nómina de instituciones que mejor representaban la aristocracia de la cultura republicana para Salazar Chapela.

② Elena Fortún, *Celia en la Revolución*, Madrid, Aguilar, 1987.

detenciones y *paseos* como algo de lo que ambos abominan, pero que se relaciona con el desencadenamiento de una guerra ilegítima, con la lucha de clases, incluso con las venganzas vinculadas al honor de los más humildes que habrían sufrido la humillación y el abuso de aristócratas y poderosos sin escrúpulos. Sorprende, también, desde la sensibilidad actual, la escasa defensa de la Iglesia, aunque se condenen las matanzas de eclesiásticos sin atisbo de duda, pero, en el fondo, se la aborrece por sus actitudes durante la República, en el golpe y durante el conflicto. Esteban Salazar Chapela esgrime en todo momento un espíritu liberal bien alejado de las actitudes más izquierdistas y revolucionarias de socialistas de izquierdas, sindicalistas ugetistas, anarquistas y comunistas que ocupaban espacios importantes en el gobierno de Largo Caballero, primero, y, luego, en el de Negrín, aunque del izquierdismo de éste queda mucho por decir ③. Y, en estos aspectos, coincide con el espíritu, sin duda institucionista, de Elena Fortún. Ambos son demócratas liberal/socialistas, republicanos hasta los tuétanos, que, aunque se distancian de los métodos y de los instrumentos utilizados, fundamentalmente por los sindicalistas revolucionarios, ugetistas y cenetistas, no ponen nunca en duda la legitimidad del gobierno republicano y no lo equiparan al gobierno golpista de la zona «nacional».

Pero vayamos al texto de Martínez de Pisón objeto de nuestra reflexión. El libro esboza una intriga cuasi policial acerca de la desaparición, encarcelamiento, y fusilamiento de un escritor y traductor, José Robles Pazos, conocido, entre otras cosas, por haber sido el introductor, prologuista y traductor de la famosa obra de John Dos Passos *Manhattan Transfer* en España. Pepe Robles, cuando desapareció, era traductor del ruso en el Ministerio de la Guerra y en la Embajada Soviética, instalada en Hotel Metropol de Valencia. Frecuentaba la compañía de algunos intelectuales reconocidos cuyas tertulias y encuentros tenían lugar en el local ya citado, el Ideal Room, de la calle de la Paz. Y un día faltó a su cita y nunca más volvió a ser visto. Fue detenido y posteriormente fusilado como traidor a la causa republicana, sin dejar rastro alguno ni conocerse durante un tiempo la suerte que había corrido. Su mujer, Mágina, y, posteriormente, su buen amigo, John Dos Pasos, inician las pesquisas necesarias para averiguar el cómo y el por qué de su desaparición. Y en eso estriba, precisamente, la principal virtud del relato, el construirlo como una pesquisa, como una indagación detectivesca, subsumiéndose el autor, a través de uno de sus principales personajes, el escritor norteamericano John Dos Passos, en el rol del detective ④. Sigue, así, el autor los consejos de Collingwood que en su conocida obra *Idea de la Historia* desarrolla la tesis de que los métodos históricos y los jurídicos legales tienen importantes analogías ⑤.

Además, la pregunta, ¿quién mató a Robles?, encuentra ecos en otras pesquisas de referencia para todos los estudiosos de la represión en el bando republicano y en el bando *nacional*. Por ejemplo, algunas voces se alzarán con fuerza desde el antiestalinismo para denunciar a los autores de la detención, desaparición, tortura y muerte de Andreu Nin, que fue al principio de los años veinte destacado militante del movimiento comunista internacional y miembro de la Komintern, para pasar a ser posteriormente feroz crítico del estalinismo y simpatizante del trotskismo; dirigente del POUM catalán (Partido Obrero de Unificación Marxista, de inclinación trotskista), y víctima de las persecuciones políticas que se desataron en Moscú a mediados los años treinta y que llevaron sus ansias de exterminio de la oposición política, tanto de derechas como de izquierdas, a lo largo y ancho del mapa europeo y mundial. Pero tampoco hay que olvidar otra cuestión –simétrica o asimétricamente importante–, que asaltó la conciencia de los intelectuales europeos desde los inicios de la guerra civil; en este caso la interrogación se abría a propósito de otro asesinato:

③ La biografía que Ricardo Miralles ha publicado de Juan Negrín resitúa en gran medida la dimensión política e ideológica de este destacado político republicano alejándolo del tópico de compañero de viaje de los comunistas y de instrumento útil de la política de Stalin. Véase Juan Negrín. *La República en guerra*, Madrid, Temas de Hoy, 2003.

④ John Dos Passos empezará desde entonces un camino que lo alejará de sus iniciales posiciones políticas de izquierdas para convertirse en un anticomunista sin fisuras.

⑤ R. G. Collingwood, *Idea de la Historia*, México, Fondo de Cultura Económica, 1952.

⑥ También se trasladaron a la España las pugnas entre los diferentes servicios de espionaje rusos. La pugna entre la NKVD y el GRU (Servicio de Inteligencia Militar del Ejército Rojo) fue continua y muchos de los agregados militares y asesores que ayudaron de forma decisiva a construir el nuevo ejército republicano fueron purgados entre 1937 y 1938. El propio Orlov evitó la larga mano de Stalin huyendo en 1938 a los EE. UU.

⑦ Arno Mayer, *Les Furies 1789-1917. Violence, vengeance, terreur*, París, Fayard, 2002, págs. 16-28.

⑧ Sin embargo ya estaba, antes de la insurrección catalana, en el punto de mira de los servicios secretos soviéticos que no buscaban sólo la ilegalización sino su desaparición y la de sus dirigentes.

⑨ Ricardo Miralles nos recuerda que Fernando Claudin, muy crítico con la política de Stalin y con la de la Komintern, reconoce que si la guerra hubiera sido sólo una empresa técnico-militar sería difícil encontrar tacha en la aportación del trío PCE-IC-URSS a la lucha del pueblo español contra el fascismo, *op. cit.* p. 98.

⑩ La bibliografía sobre la presencia soviética en España durante la guerra es abundante. Destacamos: Antonio Elorza y Marta Bizcarrondo, *Queridos camaradas. La Internacional Comunista en España, 1919, 1939*, Barcelona, Planeta, 1999. Un libro, de excelente factura, que a la vez es catálogo de pinturas, fotos, libros, textos y biografías, es el de Carlos García-Alix, *Madrid-Moscú*, Madrid, 7 Ediciones, 2003. El título se hace eco del de otro libro de un escritor muy significativo dentro de esta historia, Ramón Sender: García-Alix es a la vez una de las *dramatis personae* del libro de Martínez de Pisón, porque aparece citado como uno de sus informadores, precisamente el que le da ciertas claves para avanzar en la parte final de su pesquisa.

⑪ Enzo Traverso nos recuerda los límites de esta identificación: aunque la escritura de la historia toma siempre la forma de una *narración*, ésta sin embargo es cualitativamente diferente de la de un *relato de ficción*. Véase *Le passé, modes d'emploi. Histoire, mémoire, politique*, París, La Fabrique éditions, 2005, págs. 67-68.

⑫ En las primeras décadas del siglo XX cristaliza en España un proyecto cultural, educativo y político extraordinariamente interesante, que tenía su origen en la revolución de 1868. Desde las

¿quién mató a Federico García Lorca? Las dos preguntas, a pesar de la cobertura dilatada de las pesquisas que hicieron y siguen haciendo correr ríos de tinta, no eran tan difíciles de responder, puesto que estaba y está claro, que a Nin lo mató la NKVD (*Narodny Komissariat Vnutrennij Del*, Comisariado del Pueblo para Asuntos Internos), es decir, los servicios secretos soviéticos que desde septiembre de 1936 trabajaron en España organizados y dirigidos por el temible Alexander Orlov ⑥; y, a Lorca, unos matones falangistas. Entre Nin y Lorca, un montón, miles de cadáveres, miles de acciones violentas absurdas; aquellas que las furias de la guerra civil ponen día tras día, venganza tras venganza, sobre el tapete de una historia que ya no es civil, sino definitivamente incivil. Como si el proceso de civilización hubiera sufrido una violenta involución, el estallido de la guerra civil hizo que la violencia y la crueldad se desplegaran sin límites. Quizá ese sea el problema de fondo que hay que intentar resolver, pero que no encuentra muchos ecos, desde nuestro punto de vista, en este relato/novela/pesquisa histórica, más preocupado por poner nombres y apellidos a los responsables del asesinato de Robles, individualizarlos, que en explicar los factores desencadenantes de ese frenesí de venganza y terror.

El historiador Arno Mayer estudia algunos temas muy relevantes para el tema enunciado: el de la represión y la violencia en tiempos de guerra y de revolución. Por ejemplo, Mayer afirma que la revolución emana y se nutre a la vez de la caída de la soberanía centralizadora y sin contrapartidas del Estado, y de su desagregación en varios centros de poder o de impotencia rivales. Se centra en su estudio en la Revolución rusa y la francesa y señala que en estos casos, cada centro acabó recurriendo a la violencia con la esperanza de reconquistar el monopolio del uso de la violencia en los diversos niveles locales, regionales y centrales. También señala que la espiral de violencia que acompaña esta tentativa se ve amplificada por la erosión simultánea del sistema judicial y del respeto a la ley en general; y añade: «esto último ha abierto la puerta a manifestaciones de una venganza reprimida, sobre todo en los sectores atravesados por la guerra civil y el terror, tal como la Vendée y Tambov, o las ciudades del sur de Ucrania» ⑦.

En el caso que nos ocupa el estallido de la guerra civil el 18 de julio provocó la práctica desaparición del monopolio de la violencia por parte del Estado. El gobierno se quedó durante unos meses inerte, incapaz de hacer funcionar las ruedas ordinarias de la ley y de la justicia. En ese contexto, surgen los paseos, los juicios sumarísimos, la proliferación de tribunales populares, cárceles sindicales y de partido, las checas y toda la parafernalia de la justicia sumarísima. Hasta que el primer gobierno Negrín pudo empezar a hacerse con la situación en mayo de 1937 y centralizar algunos de los poderes dispersos del Estado, la situación estuvo fuera de control y fue terreno propicio para que se ejecutaran venganzas, ajustes de cuentas y para que Orlov y sus agentes impulsaran, con total autonomía, sus propias estrategias al servicio de las intenciones de Stalin. En mayo de 1937, los sucesos de Barcelona, la insurrección de anarcosindicalistas y comunistas disidentes del POUM que supuso una guerra civil dentro de una guerra civil, pusieron en el punto de mira al partido de Nin, que fue ilegalizado ⑧. El nuevo gobierno de Negrín, surgido de esa crisis, estableció que la prioridad absoluta era ganar la guerra y que, para ello, había que abandonar los objetivos que la revolución anarcosindicalista y los sectores largocaballeristas de la UGT se habían fijado desde los primeros días de la guerra. Ese programa político de Negrín, pero también de Azaña y de Izquierda Republicana, y de los sectores prietistas del PSOE, coincide con la política del PCE, partido que en esos momentos ha adquirido una implantación incontestable y conseguido un gran prestigio dentro del nuevo ejército y en sectores

primeras formulaciones de la ILE (Institución Libre de Enseñanza) hasta las espléndidas realidades de la Institución, la Junta de Ampliación de Estudios, la Residencia de Estudiantes, el Museo Pedagógico, el Centro de Estudios Históricos y el Instituto Escuela, a la par que la Residencia de Señoritas, un campo inmenso se abre en un país culturalmente clerical y poco incardinado en las corrientes de pensamiento de la Europa más dinámica. Es muy destacable que en la novela *En aquella Valencia*, en la que el autor utiliza el recurso literario de repetir el saludo republicano cada vez que se encuentra con uno de los muy numerosos intelectuales que han venido a recalar en la nueva capital de la República, casi todos los saludos que el autor dirige sean a destacados miembros de esa sociedad a la vez tan elitista, por el público al que se dirigía que era «una ilustre minoría», como diría Ortega, y, a la vez, tan democrática, por sus fines, como fue el mundo de la Institución y de la Residencia.

⑬ Puesto que sus propósitos nacionalizadores serán los que inspiren en gran parte la Constitución de 1931 y los proyectos educativos que se derivaron de ella, véase Sandie Holguin, *República de ciudadanos. Cultura e identidad nacional en la España republicana*, Crítica Contrastes, 2003.

⑭ Ilusión republicana: Un texto de María Zambrano expresa la intensidad de su sentimiento en esos días. Véase Shirley Manghini, *Las modernas de Madrid. Las grandes intelectuales españolas de la vanguardia*. Barcelona, Península, 2001, págs. 141-142.

⑮ Julián Casanova en *El País* de 14 de junio de 2005, en un artículo que titula «Memorias convincentes» dice algo interesante para el tema que nos ocupa, al hilo de la reflexión que hace sobre el éxito editorial que una relectura franquista está obteniendo en estos últimos años. Señala que la derecha franquista siempre ha basado su propaganda en los mismos tópicos: «No hay nada nuevo en esa propaganda antifranquista y de revisión, pero funciona, con sus habituales tópicos sobre octubre de 1934, el terror rojo, el anticlericalismo, Praracuellos, las Brigadas Internacionales, las checas y el dominio soviético».

muy representativos de la intelectualidad, la juventud y el movimiento obrero. En ese contexto, en el que además la única ayuda militar que la República recibía dependía de Stalin y en el que los soviéticos —y los comunistas internacionales— son vistos como acreedores de una gran aportación en armas, asesores, y combatientes en las Brigadas Internacionales ⑯, Orlov orquestó la desaparición, tortura y asesinato del antiestalinista Andreu Nin, en un secuencia de hechos que constituyeron uno de los episodios más odiosos de la represión en la retaguardia republicana. Los esfuerzos de Stalin por ayudar a la República española con el afán de no quedarse solo ante Hitler y establecer alianzas con Francia encontraron en este suceso su talón de Aquiles al mostrar ante la opinión pública europea liberal la cara atroz de los procesos de Moscú que habían comenzado en el 36 ⑰.

El relato de Martínez de Pisón, que se mueve con mucha soltura y abundantes citas por este escenario de espionaje, asesores, servicios secretos, adquiere desde el primer capítulo, paso a paso, una estructura de género de intriga, resuelta con una excelente factura literaria, y que cubre dos frentes, en principio, diferenciados, aunque no enfrentados, el del relato histórico y el del relato de ficción ⑱. Arranca con un primer capítulo que responde a un tratamiento clásico dentro de las normas del género: el trazado a vuela pluma de los rasgos que dibujan un tipo, más que a un individuo. El personaje, Pepe Robles, es casi un ideal. Un prototipo del republicanismo más puro e ilusionado; es decir, *tout à fait* presentable, un mirlo blanco para la causa republicana. Parece que nada del campo del mal se mezcle con el tejido de su vida que respira bondad y justicia. Si no fuera porque los testimonios que aportan las fuentes están ahí, se podría dudar de que más que un ser de carne y hueso, fuera el alumno modelo deseado o más bien fantaseado por D. Francisco Giner de los Ríos, José Castillejos o Moreno Villa ⑲. Hijo de una burguesía media ilustrada, se educa en el Instituto Escuela con la *crème de la crème* de esa nueva intelectualidad, que luego conoceremos como generación del 27, y recorre un *cursus honorum* que es un reflejo y una representación cuasi programática de los afanes educativos y culturales institucionistas. Cuando acaba sus estudios, por supuesto como alumno residente en la Residencia de Estudiantes, se vuelca en el Centro de Estudios Históricos, obra histórica, cultural y lingüística de primera magnitud estratégica para los propósitos civilizadores y nacionalizadores de los hombres de la Institución ⑳; pide becas en la no menos institucionista y europeísta Junta de Ampliación de Estudios, que, por supuesto, obtiene, y viaja a América, donde es contratado como profesor en una universidad de prestigio. Robles aparece como un intelectual libre de cualquier pecado original: ni veleidades comunistas ni izquierdistas o, incluso, a pesar de su muy estrecha relación con la *Gaceta Literaria* o con Guillermo de la Torre, tampoco es un vanguardista *outré*, en la estela de los Buñuel, Dalí, Lorca, Méndez, Mallo, Zambrano, Bello, o tantos otros un tanto gamberros/dadaístas/surrealistas y un poco más impresentables.

La guerra, y el 18 de julio, le sorprende en Madrid de vacaciones. Sin embargo, su fe —su ilusión en la República ㉑— le lleva a quedarse en España una vez que ha estallado la guerra, poniéndose a las órdenes del gobierno republicano, legitimado por las urnas. Esta opción política y moral le conduce, sin embargo, a ser detenido y conducido a una de las prisiones o checas en manos de los servicios secretos soviéticos, donde, juzgado sumariamente, es fusilado ㉒. Robles es en este relato —y con toda seguridad en la vida real— una víctima absurda a la par que inocente. Absurda, porque cae del lado de sus verdugos, es decir, es ajusticiado por los de su bando, e inocente, porque nada se puede sustanciar en su conducta que se acerque o roce una deslealtad o traición a la causa que servía. Es citado

al ruedo del relato siempre como un republicano de principios superiores a cualquier interés concreto y abocado a un mundo de partidismos caníbales. Su biografía se cierra en la presentación del personaje con un matrimonio por amor con una compañera, Mágina, que comparte con él sus afanes y sus preocupaciones y que, a su vez, es heredera y discípula de los ideales de la Institución Libre de la Enseñanza. Es una de las primeras traductoras de Dos Passos al español, del que traduce *Rocinante vuelve al camino*, para la editorial Cenit en 1930 ¹⁶. Este es uno de los aspectos, junto con su furor tertuliano, es decir, lo mucho que Pepe Robles disfruta acudiendo a las tertulias y manifestando sus opiniones de cualquier tipo, que mejor configura el relato, a la vez que le da credibilidad; la pareja de Robles, Mágina Villegas, que sufrirá un auténtico calvario para averiguar qué le ha pasado a su marido, es una igual, aunque para vivir esa relación parece que tengan que hacerlo fuera de España, en un país anglosajón, de cultura protestante. Pero nada de esto se nos comenta, como si el autor/narrador renunciara a cualquier interpretación de carácter histórico o sociológico a favor de la intriga sustancial del relato inquisitivo. Nada se nos dice, a pesar de que el matrimonio Robles /Villegas es una maravillosa excepción en el ruedo ibérico, sobre los problemas de las relaciones entre los sexos en España, que llevaron a muchos de nuestros intelectuales y artistas más conocidos a casarse con extranjeras, por ejemplo, Luis Buñuel, Gustavo Durán, Salvador Dalí, Moreno Villa, Negrín, y tantos otros.

Parece bastante claro que el narrador/autor usa todos los registros del realismo omnisciente para identificarse con Robles, al que presenta como un mártir de una causa imposible: la Segunda República española. Es muy interesante cómo juega el autor con esa doble tonalidad: la del historiador que se apoya en fuentes orales, literarias y memorialísticas, fundamentalmente, y la del narrador/autor de ficción literaria. No queremos dejar de comentar este doble sesgo. El intento –más que logrado de Martínez Pisón– tiene raíces historiográficas bien establecidas. Que el relato histórico, es decir, la historia, comparte con la narración literaria la retórica y sus maneras, la enunciación y sus modos, así como las determinaciones culturales entre emisor y receptor, a la vez que la pragmática del discurso, ha venido a constituirse en lugar de encuentro entre historiadores de muy diferentes procedencias ¹⁷. El relato histórico se construye por vías paralelas a las narraciones literarias, es decir, en ambos relatos, si ponemos en relación dos hechos de forma temporal, obtendremos relaciones de causa efecto seguramente indebidas, pero muy bien halladas. Si adjetivamos, eliminamos consideraciones de duda o posibilidad, o usamos de una manera u otra las matices que la ironía y el humor establecen, obtendremos resultados muy diferentes. Los mecanismos de identificación o distancia, las enumeraciones, las adjetivaciones, todo ello adquiere un peso sustancial a la hora de interpretar un texto literario, pero no sólo, sino que también para la de un texto histórico. Por lo tanto Ignacio Martínez de Pisón construye un texto de doble faz, o de doble vínculo, si tenemos en cuenta una doble lealtad; la del relato histórico y la del de la ficción literaria. Por un lado, utiliza de forma muy eficaz la retórica, sus figuras y sus leyes y, por otra parte, se sirve de la lógica de construcción de un relato histórico, citando de forma genérica, a veces, o puntual, otras, las fuentes, de las que extrae sus evidencias. Es decir, construye un continuo de significados desde testimonios y pruebas, a la par que construye un universo retórico de clara raíz literaria. Ambos registros se combinan de forma harto eficaz para dar como resultado una novela/retrato de indagación con la verdad histórica como telón de fondo; como principio regulador, es decir, como una verdad ambicionada y perseguida por el autor, el narrador y, también, el lector que se suma pronto a la pasión inquisitiva.

¹⁶ Martínez de Pisón traza con profundidad el perfil de la editorial Cenit como editorial de indudables inclinaciones izquierdistas y responsable de la introducción en España de obras muy relevantes de la época. En ese paquete entrarían con letras mayúsculas las traducidas por el matrimonio Robles/Villegas.

¹⁷ Michel de Certeau, *L'Écriture de l'histoire*, París, Gallimard, 1975. Paul Ricoeur, *Temps et Récit*, París, Seuil, 1988, Enzo Traverso, *op. cit.*, especialmente el capítulo «El historiador como juez y escritor». Podemos citar otros autores que han aportado importantes obras sobre la escritura de la historia: Paul Veyne, Raymond Aron, Roland Barthes o, desde luego, Roger Chartier.

Debemos continuar, situando en este cruce de referencias, el análisis –nuestra interpretación– del texto de Pisón, más allá de lo que nos ha gustado y entretenido su lectura, que, como ya se puede entrever, nos ha parecido tan amena como excelente, aunque deudora, como siempre sucede en la medida que todos somos hijos y herederos de nuestras lecturas y representaciones, de una cierta línea de interpretación de la significación de la República y de la Guerra Civil. El título, *Enterrar a los muertos*, parece que remite a un deber incumplido y a una acción inconclusa –al deber y la acción de enterrar a los muertos–. Supongo que alude al deber y a la necesidad de que la izquierda comunista, socialista, anarquista y republicana, entierre a sus propios muertos, es decir, reconozca sus crímenes, sus deudas y entierre con dignidad y homenaje a todos aquellos que liquidó, y que compartían un espacio de compromiso ideológico común. Es decir, que reconozca su responsabilidad y sus culpas con respecto a todos aquellos –especialmente, con los de filiación izquierdista– que fueron asesinados, torturados o ajusticiados en las checas y prisiones de su competencia y jurisdicción. Robles es un ejemplo sin tacha, un cordero de Dios, simboliza la mejor República, que fue acogida como la niña bonita y que no debía haber cometido desmán alguno. Sin embargo, que la República fue impura se pone de manifiesto muy pronto en el libro que comentamos con la explicación que hace de los desgraciados sucesos de Casas Viejas, que de forma muy eficaz utilizó la propaganda antirrepublicana para cobrarse la pieza del bienio reformista. Sender estigmatizó a la República a partir de ese momento ¹⁰, pero es difícil hacer responsable a la República de izquierdas de ese hecho; aunque hay que matizar, responsable sí, culpable, no. Y, ni siquiera al gobierno que tuvo poco que ver y menos tiempo para reparar injusticias seculares y actitudes milenaristas inducidas por esa situación. Pureza frente a impureza. La República es, generalmente, aceptada si es celeste, pero es ferozmente puesta en duda si es humana, es decir, impura. En el fondo, y para resumir lo que queremos decir, y, por lo tanto, corremos el riesgo de hacer una afirmación esquemática y poco matizada, aquí se puede ver que, desde los orígenes, hubo dos discursos republicanos complementarios pero diferentes: el discurso político, que en gran medida lideró Azaña, el del compromiso con la realidad y con la política, y el discurso, hay que decir que tan inteligente como elitista, que, en parte, se identificó con el Ortega del *no es eso, no es eso*.

¿Cómo no identificarse con Robles, cómo no sentir el horror hacia todos aquellos que desde ideologías totalitarias lo convirtieron en una víctima? Desde este ángulo compartimos el punto de vista del autor y, sobre todo, nos hacemos partícipes de la suerte desdichada de Robles. Pero, aquí está parte del precio que el relato paga, porque hay otros ángulos de observación que deben ser aportados desde el terreno de la historia y de los historiadores. El relato sacrifica a su estructura novelada, de intriga, la pluralidad de enfoques, de interpretaciones que el género de la historia comporta. Arno Mayer opina que hacer la historia de las revoluciones, francesa o rusa, pero, añadimos que de cualquier otra, por fuera de la dialéctica de la acción y de la reacción, de la cronología y de los datos que la teoría y la comparación interpretan, es arriesgarse a escribir unos capítulos infames de la locura y del crimen humanos o de las calamidades tan terribles como humanas, en tanto que inevitables tragedias de lo real. En general –dice Mayer– los responsables de este tipo de construcciones atribuyen el crescendo de violencia a la convergencia entre un sistema de creencia mesiánica y maniquea y la voluntad de hierro de un dirigente todopoderoso y demoníaco. En último análisis, estas explicaciones presentan el gran error de estar literalmente obsesionadas por una causa única. Sin embargo, en el discurso histó-

¹⁰ Ramón J. Sender, *Casas Viejas*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, 2004. La última edición de esta obra tiene al propio Ignacio Martínez de Pisón como prologuista y creemos que suscribe el profundo malestar que estos sucesos provocaron en el propio Sender hasta el punto de que, de compartir posiciones anarquistas y colectivizadoras, pasó a una actitud cercana a las posiciones de Ortega. Aunque, primero, pasó por una reconversión de fe comunista que duró poco.

rico, la superstición de la causa única no es a menudo nada más que la búsqueda de un responsable: partiendo de un juicio de valor. Contrariamente al abogado que defiende una causa y al juez que sostiene la balanza, el historiador crítico se contenta con preguntar ¿por qué? Y acepta que la respuesta no sea sencilla ⑩.

Pero no queremos criticar la unicausalidad desde posiciones únicamente historiográficas, porque el relato es sólido y muy eficaz en lo que persigue, sino sólo enfrentarlo a algunas de «las trampas de la fe». Hablemos, pues, de lo que el relato elide y elude a favor de su más que notable estructura narrativa y de cómo facilita el camino para sus fines, que, con los matices ya enunciados, compartimos. En primer lugar, el punto de vista presentista desde el que se construye el discurso de ese pasado. En segundo lugar, el espacio europeo, mundial en el que se inscribe todo ese discurso. En tercer lugar, las «trampas de la fe»; es decir cómo se puede ser víctima de los recursos lingüísticos y literarios que se ponen en juego y, por último, en cuarto lugar, el, llamémoslo así, espejismo de la democracia perfecta que se coloca más allá del bien y del mal, puesto que parece justificar o, al menos sancionar, la siguiente cuestión: ¿si los comunistas no eran demócratas, por qué lo tenían que ser los franquistas, los fascistas o los nazis? Además, parece intuirse un cierto juicio difuso que impregna el relato sobre comunistas, anarquistas y socialistas de diferentes obedencias, incluso Izquierda Republicana, grupos políticos marcados por un estigma que los convierte en republicanos espúreos, no guiados por altos ideales, sino por obedencias extra-territoriales e internacionales.

Sobre la primera cuestión. Desde el presente parece que se consagra la idea de que sólo la República «orteguiana» ⑪ tenía carta de existencia. La que no podía meterse en harina ni arremangarse ante las hercúleas faenas que se debían de acometer, porque las masas hasta que no formaran parte de un proyecto cultural educativo europeo democrático eran sospechosas, aunque se les viniese encima conflictos tan graves como el de Casas Viejas, junto con la condena de los militares, la Iglesia, la minoría agraria, las tensiones nacionalistas y tantos otros agraviados por la Constitución de 1931 y la catarata de leyes y decretos que subsiguieron. Es decir, la República que no podía ser, porque los problemas de España no los creó ella, sino que los heredó. Martínez de Pisón parece que se inclina, a través de la elección del actor del drama y de la semblanza que hace de Robles, es decir, de cómo construye su semblanza, desde qué evidencias y datos, y de la encuesta sobre su desaparición, por esta moderna presentación del *no es eso*. Lo que remite a un problema historiográfico de actualidad. ¿En qué medida esa manera de ver el pasado, que por cierto goza de nuestras simpatías inconscientes e inmediatas, ha condicionado nuestra manera de enfrentarnos a dos problemas históricos que deberían haber sido bien diferenciados: por una parte, la andadura y la suerte de la República, por otra, la guerra civil y sus furias? Creo que de ahora en adelante será conveniente distinguir entre República y Guerra, aunque sólo sea para salvar la posibilidad de existencia ontológica de la República en España –de una república– que no estaba ni está ligada a un orden natural de la destrucción. Ha funcionado, desde la *Causa general* ⑫ hasta nuestros días, de manera muy eficaz el binomio República y Guerra Civil, como si la primera llevara ineluctablemente a la segunda fase. Pero tal cosa no puede afirmarse desde un punto de vista historiográfico. Por lo tanto, Pepe Robles no es una víctima de la República; es una víctima de la guerra y de todos los jinetes del Apocalipsis que desencadena.

Sobre la segunda, la del espacio europeo en presencia. No podía ser peor, aunque, poco a poco, se convirtió en asfixiante. Nadie con sentido común y cierta visión histórica puede

⑩ Arno Mayer, *op. cit.*, págs. 27-28. Mayer construye su argumentación reflexionando al hilo de algunas obras clásicas de la historiografía, desde Bloch (*Apologie pour l'Histoire*), a E. H. Carr (*What is History?*) y Carlo Ginzburg (*Le juge et l'historien*).

⑪ Somos conscientes que hablar de la república «orteguiana» es una simplificación, pero este no es el espacio para desarrollar este concepto. Creemos que sirve como una imagen eficaz e ilustrativa de lo que queremos decir. Sin embargo, no queremos que sirva como un recurso de minusvaloración ni peyorativo de la obra, ingente y fundamental, de Ortega que, en definitiva, desde muchos puntos de vista, como periodista, editor, activista cultural, pensador, animador de debates, crítico receptivo al arte de vanguardia y al psicoanálisis, europeísta, y en muchos otros aspectos, fue un agente de primera línea para que la modernidad, y la República, se hicieran posibles en España. Creemos que no se puede pensar la II República ni a los republicanos sin Ortega.

⑫ *Causa General. La dominación roja en España*. Prólogo de Eduardo Aunós. Ministerio de Justicia. Madrid, 1944.

② Victor Klemperer, *Diarios, Barcelona, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, 2003*. Hay una muy abundante bibliografía memorialística que aporta datos inequívocos al respecto.

negar que los síntomas que daba la derecha española eran claramente fascizantes. Además, cuando estalla la Guerra Civil los pasos que Hitler ha dado son inequívocos ②. Ha liquidado toda la herencia de la democracia liberal a la vez que ha seguido un camino paralelo con la oposición alemana. Y en ese camino lo ha precedido Mussolini a su manera y lo secundan un grupo significativo de países europeos. Es bastante fácil explicar que los servicios secretos estuvieran alertas y desplegaran una hiperactividad sin duda difícilmente compatible con las cautelas y garantías que el *habeas corpus* y la tradición liberal exigían; además del desencadenamiento, desde el inicio de los años treinta, de las feroces persecuciones de Stalin y los juicios a la vieja guardia, etc.

La dinámica de la oposición amigo/enemigo había favorecido la escisión en dos bandos irreconciliables, ejemplificando muy bien la categorización de Carl Schmitt del enemigo como enemigo total en el escenario de una guerra total. *De facto*, la consecuencia de esta dualidad no era otra que la exterminación del enemigo y el abandono de cualquier tentación de considerar al adversario como un semejante al que le correspondía un trato humanitario. En la Guerra Civil española esta caracterización se redobla con la sospecha de que en el interior existe una Quinta Columna, es decir, un enemigo interior que forma parte de los efectivos militares combatientes.

Sobre la tercera, utilizar los recursos retóricos para facilitar las identificaciones. Y en esta línea se pueden subrayar ciertas partes del libro que resaltan muy bien los usos de la retórica como instrumentos al servicio de una verdad más que histórica, narrativa o literaria. Por ejemplo, la figura de John Dos Passos es sin duda la del héroe positivo, mientras que los Hemingway con sus botas, Alberti, que había trocado la chalina por el mono, María Teresa León con sus gorjeos, Wenceslao Roces, artero, callado y sibilino, Pedro Salinas y Jorge Guillén que aspiran a quedarse con el empleo de Robles en la universidad estadounidense y tantos otros que son presentados siempre desde el lado malo, como *aparachiks*, dogmáticos, estalinistas, incluso interesados. Por no hablar de Negrín, Álvarez del Vayo y algunos más, como Julián Zugazagoitia, a los que se presenta, sin evidencia alguna, como cómplices o por lo menos asistentes pasivos y consentidores del asesinato de Robles y, también, de Nin.

Martínez de Pisón se sitúa en la estela de la literatura crítica que el anarquismo y el trotskismo (mejor el poumismo), entre otros, habían producido desde los inicios del conflicto sobre el PCE, la presencia de la Komintern y de los servicios secretos soviéticos en España. De obligada referencia son los siguientes autores profusamente citados en este libro: Enrique Castro Delgado, El Campesino, Ettore Vanni o Jesús Hernández, por no hablar de Julián Gorkin, o los muy influyentes por su gran calidad literaria y amplia difusión, como Arthur Koestler, George Orwell, el propio Dos Passos, o Sender, que pueden ser citados de manera muy asimétrica como detractores muy tempranos de los desórdenes y crímenes cometidos en la retaguardia republicana, especialmente de las tropelías comunistas, sin pertenecer, por supuesto, al bando vencedor ③. En algunos casos, más adelante, se documentará suficientemente la complicidad que mantuvieron con la CIA de la guerra fría algunos de estos autores, por ejemplo, Enrique Castro Delgado, El Campesino, y algunos más, como Julián Gorkin, convertido, al parecer, desde fechas muy tempranas en una especie de agente doble. Lo cual sin duda añade algún matiz a sus obras. También se puede situar en este contexto a Jesús Hernández, el autodenominado «ministro estalinista». Está claro hoy que la guerra fría y el maccartismo aprovecharon y pagaron, a la vez que construyeron, muchas versiones a petición de parte que no pueden ser citadas sin ser previamente contextualizadas en los discursos en que se producen.

③ Enrique Castro Delgado, *La vida secreta de la Komintern. Cómo perdí la fe en Moscú*, Madrid, Epesa, 1940. Jesús Hernández, *Yo fui un ministro de Stalin*, Méjico, Editorial América, 1953. Valentín González, *El Campesino, Yo escogí la esclavitud*, Maracay, Venezuela, s. f.

Para concluir: el libro de Martínez de Pisón se propone llevar a cabo una pesquisa sobre una desaparición y posterior asesinato vinculados a la represión en el bando republicano durante los primeros meses o el primer año de la guerra. Responsabiliza de manera fundamental a los comunistas de esa especial y repugnante práctica represiva basada en la tortura, la aniquilación, la desaparición y el juicio sumario. Nada hay que objetar a sus evidencias, sospechas más que probadas, y atribuciones. Seguro que la realidad en nada desdijo sus afirmaciones e imaginaciones. El texto es más que magnífico, de factura intrigante y con numerosas preguntas sin resolver que arrojan muchas dudas sobre la conducta de las fuerzas antifascistas españolas, europeas y mundiales. Sobresale su poderosa puesta en escena, la manera de enfrentar voces bien distintas y anécdotas que se entrecruzan en un escenario muy complejo 24. En este sentido, la crítica no puede ser más que benévola y cómplice. Sin embargo, desde el punto de vista historiográfico, se pueden señalar ciertas *ceguerras*. En particular, porque no se ponen en escena como factor comprensivo las furias propias de cualquier conflicto civil, y, sobre todo, de aquella contienda, donde casi todos los demonios familiares, tribales y provinciales fueron puestos en marcha. El autor es deudor de una cierta tradición de revisión de la República que se hace a través de los desmanes de la Guerra Civil y, en general, de cualquier discurso revolucionario posible 25. Además, tiende a presentar todas las fuentes con un valor historiográfico poco tamizado, sin considerar quién es quién y en qué contextos surgen: Gorkin, Hernández, Castro Delgado, igual que Dos Passos, Sender, Orwell, Koestler, Bataille, pertenecen a horizontes de enunciación determinados y conviene, en términos historiográficos, tenerlo presente.

Pero dejando de lado estas cuestiones, que en el fondo no creo que alteren de forma sustancial lo sucedido en su más desnuda inmediatez, *Enterrar a los muertos* es un texto de naturaleza híbrida, entre histórica y literaria, de muy aconsejable lectura, que despierta una más que saludable desazón intelectual, sobre todo entre los que nos sentimos, hoy todavía, herederos o, mejor, deudores, del relato republicano, como realidad y como ficción literaria. Quizás, lo que nos desazona es que el texto de Martínez de Pisón nos aleja un poco más de cualquier versión compasiva con lo que pasó en *aquella república*, que por otra parte fue la única que existió. Además, si lo comparamos con lo que había pasado antes y lo que pasó después o mientras tanto, tampoco estuvo tan mal, a pesar de Orlov y los de su calaña. Precisemos, fue fatal para todos aquellos que fueron víctimas de las acciones ciegas, de las múltiples venganzas y ajustes de cuentas. Pero, mucho peor fueron y, de signo muy distinto, el fondo y las formas de la reacción. Y esta doble circunstancia, aún añade mayor incomodidad a nuestra conciencia, según nuestro punto de vista, porque el aleteo del ángel de la Historia deja un gusto muy amargo, de difícil digestión.

El autor persigue un fin primordial, investigar y demostrar qué hicieron los agentes que representaban el estalinismo en España y cómo unas voces denunciaron los hechos criminales y otras, no. Esta meta está cubierta con creces. El honor de Pepe Robles a salvo de cualquier sospecha de traición al gobierno de la República; aunque, paradójica final, Martínez de Pisón no consigue explicarnos –ni tampoco explicarse– por qué los hijos de Robles acabaron militando en organizaciones de indudable inspiración procomunista 26. Esta cuestión nos parece muy relevante, porque la muerte violenta del padre estaba lo suficientemente cercana y las denuncias de Dos Passos dejaban ya poco margen de duda acerca de sus verdugos, para que Coco y Miggie se engañaran acerca de lo que había ocurrido. Así y todo, su lucha contra el fascismo les llevó a las filas de la JSU (Juventud Socialista Unificada) y del PCE. Este podría ser el guión adecuado para una nueva novela.

24 José Carlos Mainer resalta la imaginación narrativa de este autor que le hace partir de instantáneas muy vivaces y su fidelidad a un modo de enunciación del relato: dejar hablar a las voces de los implicados, directamente, unas veces, o suplirlas otras, con su voz de narrador; pero siempre desde la cercanía de la perspectiva cómplice que adopta. *Tramas, libros, nombres. Para entender la literatura española 1944-2000*, Barcelona, Anagrama, Colección Argumentos, 2005.

25 El autor parece compartir las tesis de la obra de Furet, *El pasado de una ilusión*, México, (Fondo de Cultura Económica, 1995). Según la conocida obra de Furet no hay discurso revolucionario posible. La Revolución sólo conduce al terror; a la violencia y a desandar caminos que se hubieran andado por evolución natural de las sociedades.

26 Las vidas de la viuda, Mágina, y de los hijos de Pepe Robles y Mágina Villegas, Miggie y Coco, son muy representativas de lo que supuso la derrota de los republicanos, de la huida, de las cárceles, de los desencuentros, de una manera culta y moderna de entender el mundo y de una forma muy especial de querer ser españoles, a pesar de todo.

